

Ponencia n° 1

Del libro:

“ De los Caciques de Agua a la Mendoza de las Acequias”

Cinco siglos de historia de acequias, zanjones y molinos

Jorge Ricardo Ponte

Ediciones Ciudad y Territorio
INCIHUSA-CONICET- Mendoza Argentina

Esta ponencia fue desarrollada en forma brillante por el arquitecto Jorge Ricardo Ponte, duró aproximadamente 2 hs.

Todos los temas a los que hacemos referencia puede el lector encontrarlos muy bien desarrollados en el libro mencionado, como es de suponer no puede una obra de esta magnitud resumirse en un comentario de su ponencia. Esbozamos aquí sólo algunas acotaciones que den idea al lector de la riqueza de la obra en cuestión y de la exposición de la misma por su autor.

Toda la ponencia se apoyó en una variedad de planos originales mostrados en el libro que dan un apoyo invalorable a la riqueza de esta investigación como quedó manifestado en la exposición del encuentro de Culturas Andinas.

Los temas abordados en el encuentro fueron:

- **Nacimiento y refundalización de un sistema hídrico basado en acequias de riego.**

Dentro de este apartado se hablo de:

- El sistema hídrico en el Valle de Huantata antes de 1561 (la presencia del Inca en el Valle de Huantata, su historia, luchas, vivencias).
- El futuro sitio de la ciudad de Mendoza antes de 1561.
- La administración del recurso hídrico.
- El sistema lagunar del Rosario o de Guanacache.

- **Planos por litigios de tierras que dan cuenta de la red hídrica en la segunda mitad del siglo XVIII.**

Aquí se abordó:

- Acequias, zanjones y molinos en el plano Mayorga - Jurado de tierras de María Miranda y otros, 1754.
- Acequias en el departamento de Guaymallén a través de varios planos de mediados del siglo XVIII.
- Acequias en el actual distrito de Dorrego en un plano de mediados del siglo XVIII.
- Acequias y zanjones en el actual departamento de Luján en tres planos de mediados del siglo XVIII.
- Conflicto por la utilización del agua a través de la acequia Jarillar

- **La aparición del zanjón [1757 c.] como quiebre y reorganización del sistema hídrico de la ciudad colonial.**

En este apartado se abordó:

- La necesidad de un Tajamar en la boca del Río de Mendoza [+1752].

- El mapa de la construcción de un Tajamar en la boca del Río de Mendoza [1764].
- La toma y puente “De los Españoles”. 1788/91.
- Plano territorial de 1761, sobre los cursos de agua en tierras de Mendoza.
- El sistema hídrico de la futura área metropolitana de Mendoza hacia fines del siglo XVIII.
- Glosario II: el canal zanjón.
- Glosario de acequias coloniales III: las acequias del siglo XVIII luego de la aparición del zanjón.

- **Acequias, zanjones y molinos en los planos históricos de la ciudad de Mendoza.**

Bajo este título se abordó:

- El plano territorial de 1802. Plano topográfico de la ciudad de Mendoza.
- El sistema hídrico identificado y el presumible hacia 1802. El plano Espinosa de la ciudad hacia 1822 [c.].
- Acequias, zanjones y molinos en el plano de la ciudad en 1846: “de los molinos, las iglesias y los barrios”.
- La ubicación de los molinos en el plano de 1846.
- Acequias y zanjones en el plano territorial de Balloffet de 1867/74.
- Acequias, zanjones y molinos en el plano Numa Lemos de la ciudad en 1872/73. Los cuarteles en que queda dividida la ciudad.
- Acequias, zanjones y molinos en el plano Segura de la ciudad en 1881[c.].
- Acequias, zanjones y molinos en el plano Ortega de la ciudad en 1885.
- La situación de la ciudad Mendoza y alrededores hacia 1888.
- Glosario de acequias IV, en el siglo XIX.
- Los planos territoriales de 1896

- **Los molinos hidráulicos.**

Se reflexionó sobre:

- La aparición de los molinos; la producción triguera y el plan de Mendoza.
- Los molinos en el periodo colonial.
- Breve referencia a ingenios y trapiches mineros.
- Los molinos en el siglo XIX.
- La situación de las economías regionales. El caso Mendoza.

- **La cultura de las acequias.**

En este apartado se pudo reflexionar sobre:

- El plano del recorrido de las acequias en un sector de Mendoza, 1804.
- Las acequias como condicionantes y como posibilitantes de una realidad de oasis.
- El paseo de La Alameda a la orilla del canal Tajamar [1808 +].
- El canal del medio. Límite propuesto entre Luján y Maipú.
- Las acequias como referente del imaginario social.
- Un nuevo trazado de acequias urbanas y el arbolado callejero como novedad de la ciudad postterremoto [+ 1863].
- Cuando las acequias urbanas fueron puestas en discusión.

- El hídrico como nodo de la representación social de Mendoza a fines del siglo XIX y comienzos del XX.
- El parque público del oeste y sus acequias proveedoras : primero el Canal del Oeste y luego el Canal Civit.

- **El cambio de registro de la realidad territorial e hídrica del siglo XX.**

Bajo este título se abordó:

- Nuevos organismos de administración del agua a partir de mediados del siglo XIX.
- Mapa hidrológico de los alrededores de la ciudad de Mendoza. 1903 [c.].
- Acequias y zanjones en las cartas del estado mayor del ejército.
- Acequias, zanjones y molinos en el plano Ceretti de la ciudad en 1903.
- Acequias, zanjones y molinos en el plano de la ciudad de Mendoza en 1912.
- Acequias, zanjones y carta topográfica del Instituto Geográfico militar de 1922/25/45.
- El área metropolitana de Mendoza según el plano de 1941.
- Acequias y zanjones en el plano territorial de 1951.
- El sistema del área metropolitana de Mendoza hacia fines del siglo XX.
- El sistema hídrico de la ciudad de Mendoza hacia fines del siglo XX.

- **El rastreo histórico del sistema hídrico del oasis del área metropolitana de Mendoza.**

En este apartado se expuso:

- La racionalidad de ocupación del territorio de la actual Área Metropolitana de Mendoza.
- Recomendaciones finales: en este punto se vio “el sistema de acequias y canales como patrimonio cultural”. “El agua tiene buena memoria.....” Además, identificación de antiguas, actuales o potenciales zonas de riesgo para los asentamientos humanos o productivos; comparación de superficie irrigada en diferentes periodos hist

Ponencia N° 2

CULTURAS ANDINAS: LOS ENIGMAS DEL AGUA, EL DESIERTO Y SU MÍSTICA

Rolando Concatti

Los mendocinos creemos conocer Mendoza, tierra de nuestros amores y nuestros odios. Hablamos de ella en secretas comparaciones con otros lugares, otras culturas, otros ámbitos presuntamente más abiertos, y plurales, llenos de perspectivas o posibilidades. Pero la verdad es que nos ignoramos; apenas si sabemos de nosotros mismos retazos y fragmentos, anécdotas casi familiares, relatos mutilados que encubren más que lo que muestran. Para ir al encuentro de la verdad, de toda la verdad, hay que indagar en el fondo compartido de las culturas andinas.

Cultura de los oasis

Por un curioso proceso no descifrado del todo, muchas de las grandes culturas del pasado, si no la mayoría, han nacido en medio de los continentes, en el encuentro de dos ríos o en un oasis propicio en los bordes de la estepa. Los sumerios y los egipcios, los más antiguos reinos de la china, los antecedentes europeos, y entre nosotros los incas y los aztecas, dan testimonio de ello. Sin duda, cuando los pueblos pastores detuvieron su marcha y empezaron a afianzarse a la tierra, a cambiar la recolección por la semilla y el rebaño por el arado, buscaron estos islotes; no ya como reposo sino como lugar definitivo, donde fundar otra estirpe y otra historia. Aunque cambiaron muchas cosas, les quedó en la conciencia más recóndita la memoria del desierto y sus penurias, pero también de su libertad; la idea del hombre como un ser errante hacia un destino que es poco más que un espejismo; la fraternidad de la tribu como el único amparo verdadero y el único bien definitivo. No en vano la cultura de medio mundo y sus religiones, la Biblia y el Evangelio y el Corán, reiteran en su imaginario, en sus parábolas, en sus profecías, el universo de los oasis, con los terrores y las inagotables fantasías que les son propias.

De un modo también enigmático, los conquistadores españoles, a pesar de que eran en su mayoría navegantes y avanzada de un mundo que empezaba a girar en torno de los puertos, fundaron sin embargo en las estepas de toda América y en nuestro país un rosario de enclaves autosustentables, presencia y a la vez tránsito hacia el oro soñado, o al menos hacia una ínsula propia donde ser señores después de siglos de haber sido solamente siervos. Lo hicieron en muchos casos en los contrafuertes de la Cordillera, calor en los mediodías y frescura a la noche, epopeya de sus propios pueblos nativos recostados en las cuchillas. Fundaron una cultura andina que ignoraba su nombre, que se fundió con los aborígenes, sus silencios y sus mitos, y que acogería luego a otros desarraigados, náufragos de países envejecidos, ávidos todos de encontrar un terruño donde echar raíces y donde dar frutos.

Estos pueblos, distintos y distantes, tendrían sin embargo un temperamento común; una manera de enfrentar la vida y el destino; un talante propio para las fidelidades al pasado y las rupturas hacia el porvenir.

El Misterio

Cuando en el desierto las lagunas están llenas, los puesteros que vemos en el camino no caben en sí de alegría. Habrá pesca, y humedad para ciertos cultivos; los pozos de balde tendrán agua pura por varios meses. Y San Vicente será celebrado con alegría y gratitud. Pero cuando hay seca, el gris de las arenas se traslada a los rostros, las respuestas son más esquivas, la religión se estrecha como un disimulo.

Sin embargo lo religioso se impone en un espacio donde reina el misterio; uno siente que es tierra para místicos, para ascetas, para locos que buscan el estremecimiento y la sabiduría que no pueden darle las ciudades ni los vínculos meramente humanos. Aquí es para estar solo con lo elemental: la tierra, el agua, el sol, el silencio. Un silencio estridente de pájaros que cantan de manera increíble en los Algarrobos del monte, y a los que no se escucharía si no reinaran la quietud y el tiempo enmudecido. Alabanzas de la vida toda dicha e inocencia en los reverberos de un horno incandescente; himno original a un Dios cuya distancia con el Diablo es aquí casi invisible, tenue, confusa. Lugar para sentir la muerte como tránsito a lo inefable.

Pienso en los curas, en los misioneros que se enterraron aquí con sus sueños de redención y de plegaria; en los chamanes indígenas, también ellos poseídos por lo inexpresable, viviendo en un mundo que a la vez era otro mundo, habitado de muertos, y almas en pena, y mandatos terribles; de alegrías y confidencias con el más allá, de magias que daban poderes absolutos, y complicidades perversas y dulces, que hacían irrisoria toda pena y toda penuria. En el diálogo, secreto y esquivo, entre curas y chamanes, vivido en el alma de la gente común y los puesteros, donde la simbiosis da sus frutos de paradoja y sueños. En definitiva: también Jesús fue al desierto a purificarse; también los indígenas aceptaron con amor a la Virgen. La Biblia es un libro del desierto; los huarpes eran gente del desierto.

Después del terremoto

Para Mendoza, el terremoto de 1861 constituyó una tragedia pero también una oportunidad, el fin de un largo periodo colonial y la reconstrucción de una ciudad y una sociedad modernas. Sin que sus protagonistas fueran del todo conscientes, el derrumbe telúrico era apenas un anticipo del derrumbe de otros cimientos, y la construcción física en otro sitio y con otros materiales un paralelo de la renovación social, sus utopías, el cambio de las reglas económicas y el andamiaje político.

Después de Pavón, contemporáneo de nuestro gran temblor, la Argentina toda entraba en el régimen de una disciplina distinta, más severa y unificada, en regla con la hegemonía del Puerto y su preceptiva liberal. Los últimos intentos federales, el de “los Colorados” entre ellos, pronto serían derrotados, y en pocos años se acabaría con Peñaloza primero, luego con Felipe Varela, fúnebre y final. Un gobierno cabalmente nacional, bajo el liderazgo porteño, por primera vez era posible, y se afianzaría apoyado en nuevas ideas y en la mística del progreso, en voluntades políticas concertadas, en un ejército moderno y disciplinado que iniciaba su camino prusiano y estrenaba sus Remington.

Contado como una epopeya de la civilización contra la barbarie, este largo periodo de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX aparece casi como un amanecer armonioso y pacífico después de las tinieblas montoneras; y como un triunfo con beneficios para todos, sin excluidos ni derrotados. Desde luego que no es así, pero

una larga y perezosa tradición funcional a las oligarquías locales, una escuela empeñada en fundar próceres y armonías, y el desorden de las memorias populares, han contribuido a que solo sobreviva, de algún modo, la “versión rosa” de aquellos acontecimientos.

Mendoza, aislada y distante hasta entonces de los pueblos del Atlántico, empezaría a multiplicar sus vínculos y su dependencia de la creciente Buenos Aires, pero a la vez los cortaría con Chile y Valparaíso, hasta entonces referente económico decisivo y ámbito de formación intelectual y política. (Bastaría recordar que Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi – tal vez los mayores pensadores del XIX - se forjaron intelectualmente en Valparaíso, para medir la importancia que esa ciudad chilena tuvo para los jóvenes del interior argentino).

Por otra parte, el enclave autosustentable, que mal o bien satisfacía todas sus necesidades, se volvió inviable, jaqueado por los productos mejores y más baratos de la pampa húmeda. Un nuevo modelo productivo debía formularse, y más que nunca se volvió estratégica la posesión de la tierra y el agua, su distribución y dominio. Como también la conquista del sur y el exterminio del indio, la apropiación y reparto de las tierras fiscales, el afianzamiento de una oligarquía que prolongaba antiguas dominaciones pero tenía ahora el sello inconfundible del modelo roquista. Pronto estarían dadas las condiciones para el aluvión inmigratorio y sus múltiples novedades, para el modelo vitivinícola y las industrias consecuentes, para otro rigor en el trabajo y las competencias.

Los silencios populares

De aquellas épocas nos quedan, como dijimos, las versiones de los triunfadores, sus relatos de un proceso ejemplar y pacífico. Los estudiosos, cuando han visitado aquellos tiempos, han trabajado con los pocos datos explícitos disponibles; ellos hablan de propietarios y gobiernos, de leyes y decretos; cuando mucho de controversias periodísticas o polémicas circunstanciales. Todos juntos al interior del grupo dominante, sus elites perpetuadas y los voceros de sus convicciones.

Carecemos, casi, de la versión de los derrotados; o apenas si nos quedan indicios y conjeturas, fragmentos de los relatos orales, evidencias físicas del cambio de la agricultura o de las ciudades, empalidecidas sin embargo por la vulgata triunfalista. Como siempre, los derrotados lo primero que pierden es el derecho a la palabra, y en poco tiempo el derecho a la memoria, a los recuerdos, al nombre de sus propios héroes. Y con los años hasta terminarán repitiendo la versión construida por los que ganaron.

Es muy evidente, pese a todo, que los cambios producidos en las últimas décadas del XIX fueron muy grandes y traumáticos. En primer lugar y antes que nada en la distribución y uso del agua, tan vital en nuestro oasis. El líquido elemento fue captado en las altas riberas del río y conducido al pedemonte, provocando primero la escasez y luego la sequía de los cauces y arroyos que lo llevaban hacia el este y hacia el norte. Las Lagunas de Guanacache, que llegaban casi hasta el actual distrito de Bermejo (según testimonia el propio Sarmiento en “Recuerdos de provincia”), y que estaban en situación crítica, comenzaron a secarse en forma acelerada. Y con ellas el complejo rural y vital conformado en torno a los cauces, y sus formas antiguas de trabajo y sustento. La sequía, y la explotación irracional de los bosques de Algarrobo – arrasados para hacer postes o carbón de leña -, o la importación de trigo y de carne pampeanos, entre muchos otros factores, cambiaron las condiciones de vida y las reglas de convivencia de los criollos rurales y los estancieros.

Más estupefactos que lúcidos, más indignados que racionales, los muchos perjudicados intentaron revueltas fracasadas, se unieron a los montoneros en desbande, fueron bandoleros o salteadores, se mezclaron con los indios y sus postreros malones, o, al revés, se engancharon como soldados de línea en la frontera reclutados por Rufino Ortega. Algunos, muchos, buscaron refugio en las Guanacache en retroceso, y esperaron la muerte junto a líderes mitificados como Santos Guayama. Durante cuarenta años “las lagunas” fueron impenetrables para policías y soldados; se necesitó del ejército nacional de Roca y sus ametralladoras para destrozarlas y dominarlas.

Lo anterior es apenas un ejemplo, pero alcanza. Tuvimos pues nuestros martinfierras lugareños, y fueron multitud, pero ellos no tuvieron su poeta. Tuvimos nuestra tragedia del oeste y su destino solitario y final, pero nunca nos dijimos que fue una tragedia. Tuvimos, en fin, aquel prolegómeno de lo que hoy nos pasa, aquel “tiempo bisagra” en el que todo cambia y no sabemos hacia donde, salvo lo inexorable del proceso y lo irremediable de las exclusiones; y no tenemos el espejo donde mirar nuestra memoria para iluminar este presente.

Muchas preguntas

Podríamos seguir con referencias y reflexiones, pero no es el caso. Basta lo dicho para sospechar que los enigmas, recientes y remotos, abundan en nuestra memoria y en la conciencia que la sociedad mendocina tiene de si misma. Y en lo provechoso que resulta nombrar aquellos enigmas, intentar darles respuesta, estudiarlos sin prejuicios. En la vida social como en la individual la verdad es lo único que nos libera, nos da plena identidad, nos permite afrontar nuestra realidad y construir el futuro. El ocultamiento, por el contrario, el disolver en silencios fantasmales nuestras raíces y nuestros recuerdos, solo augura un futuro fantasmal y decadente.

Desde nuestras fuentes andinas y telúricas, pasando por la hibridación de razas y culturas; de sueños, frustraciones y logros; de progreso y fracasos y reconstrucciones. Desde lo que fuimos y nos constituye a lo que podemos ser. Porque relatadas o encubiertas, nuestras raíces y sus mutaciones siguen presentes en lo que somos y en nuestra manera de encarar el mundo, o de eludirlo.